



El clamor del pueblo israelita en Egipto fue un grito unánime al Señor: ¡Libéranos!. Durante su travesía por el desierto el pueblo deberá sufrir duras pruebas, tendrá sed y pasará hambre; de nuevo murmurará contra Dios y gritará a Moisés el porqué de su situación, y se harán eco de un clamor: ¡Libéranos!. La tierra de la promesa les dará un espacio donde habitar, pero la liberación hay que conquistarla en el interior de cada hombre y como pueblo.

Jesús nos dirá que Él es el pan de la vida; quien coma de ese pan ya no pasará hambre de ningún tipo, y el que beba de su sangre ya no tendrá sed. La sangre que da vida al organismo humano y el pan que sostiene el cuerpo en la necesidad, son para el cristiano Cristo Jesús. Él corre por nuestras venas y sacia nuestras hambres, cada vez que celebramos y damos gracias en la Eucaristía, porque Jesús ha venido a nuestras vidas, nos ha liberado de toda esclavitud, ha calmado la sed en nuestros desiertos y alimentado nuestra vida para que viva siempre.

Hoy, día del Corpus Christi, en que celebramos el amor fraterno, la presencia de Jesús en la Eucaristía, Caritas no recuerda que aún queda mucho por hacer, que esa llamada a ser en común debe mover nuestro corazón y nuestros pies para acercarnos a tantos hermanos y hermanas que nos necesitan. La comunión se transparenta en la medida que construimos un mundo más justo y humano.



TEXTOS PARA LA CELEBRACIÓN

REFLEXIÓN: PRIMERA LECTURA Dt 8,2-3.14b-16a

A los ojos de un israelita, la tierra prometida representaba la manifestación más patente de la elección divina de Israel, a la par que su confirmación. Aunque no se afirme expresamente, por la manera de presentar la tierra se puede decir que está viena a ser como el "país elegido" por el Señor para su pueblo. Un país "bueno y espacioso, una tierra que mana leche y miel" (cf Ex 3,8; Dt 26,9). La tierra constituye uno de los motivos dominantes del Deuteronomio.

En nuestro texto Moisés recuerda al pueblo lo que Dios ha hecho con ellos. Los 40 años por el desierto como expresión de la escasez, el malestar y la esclavitud, son el tiempo de la prueba. El Señor quiere conocer el corazón de su pueblo en las dificultades y ver si este es capaz de guardar sus preceptos o no. El pueblo ha de poner su confianza en Dios, creer que su Palabra se cumple, que con Él la salvación y la liberación ya han llegado.

Dios ha bendecido a su pueblo, y hace que los israelitas a su vez le alaben por los beneficios recibidos. Entre todos estos beneficios sobresalen la salida de Egipto, la salida del agua de la roca en el desierto, el alimento del maná y la donación de la tierra prometida, en la que encontrarán la liberación y la Vida.

Salmo responsorial

Sal 147, 12-13. 14-15. 19-20

R/. Glorifica al Señor, Jerusalén.

REFLEXIÓN: SEGUNDA LECTURA 1 Cor 10,16-17

De nuevo Pablo, en la Primera Carta a los Corintios, va a aclarar a la comunidad algunas cuestiones para hacerles ver la incompatibilidad de participar en banquetes sacrificiales con las celebraciones cristianas y la cena del Señor. El apóstol comienza recordándoles "la copa de bendición", y con ella la expresión más elevada para designar la cena pascual. A lo largo de la comida ritual, que se prolongaba varias horas, se escanciaban cuatro veces las copas. La más importante de todas ellas era la tercera, porque en ese momento el padre de familia o el que presidía la mesa pronunciaba la oración de acción de gracias o de bendición.

El hecho de que Pablo pueda dar por conocida esta práctica es un indicio seguro de que ya la primitiva Iglesia de dentro y de fuera de Palestina había hecho suyo este lenguaje para designar con él la Eucaristía. "La copa que bendecimos", lo mismo que hizo Jesús en la última cena, dio gracias sobre la copa "bendiciendo". Ambos vocablos, acción de gracias y bendición, se utilizaron durante mucho tiempo con el mismo significado. "¿No es comunión en la sangre de Cristo?", pregunta Pablo, para recordarles que mediante el acto de la bendición eucarística el contenido del cáliz se ha convertido en la Sangre de Cristo. Esta copa es, para todos los que beben de ella, participación en la Sangre de Cristo.

A continuación, va a nombrar el pan, "El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?". La comunión íntima con el Señor Jesús crea una comunión real entre los cristianos. Por el hecho de consumir todos los cristianos un mismo pan, a saber, el pan que es el Cuerpo del Señor resucitado y glorificado, quienes lo comen forman una unidad, un cuerpo. Ese cuerpo es el Cuerpo de Cristo (cf. Rom 12,5), en el que por el bautismo hemos sido sumergidos en él.

En el fondo la preocupación por la unidad de la comunidad está presente en todos los temas y pensamientos del apóstol. Pablo tenía, pues, a su disposición, el acto sensible y perceptible de la partición del pan que, al menos en principio, se hacía de modo que cada participante recibirá una porción del mismo pan. Es probable que en una comunidad tan numerosa ya no fuera posible que todos los participantes comieran de un solo pan.

REFLEXIÓN DEL EVANGELIO. (Jn 6, 51-59)

En el capítulo 6 del evangelio de Juan nos encontramos con el llamado *discurso del pan* (6,29-59), donde Jesús va a dar a sus discípulos el alimento que perdura hasta la vida eterna. El texto comienza con la afirmación de Jesús: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo, si alguno come de este pan, vivirá para siempre", a diferencia del maná del cual Moisés señaló diciendo "este es el pan que el Señor le ha dado como alimento" (Ex 16,15). El pan mosaico no produjo vida, e incluso el mismo Moisés murió (cf. Dt 34,5-8). Ahora hay un pan que supera al pan dado por Moisés, y este es Jesús. El que es el pan realiza ahora otra sorprendente promesa: "El pan que daré para la vida del mundo es mi carne" (v. 51c). El verdadero pan que ha bajado del cielo hará conocer a Dios mediante un don incondicional de sí mismo para la vida del mundo.

Estas últimas palabras de Jesús son fuertes: su *carne* es el pan vivo. Los judíos lo entienden en sentido real y la cuestionan (52): "Se pelean entre sí los judíos diciendo: "¿cómo puede este darnos a comer su carne?". Si cuando Jesús habló de su origen celestial *murmuraban* (6,41), ahora su reacción sube de tono: combatían, disputaban acaloradamente. Incapaces de ir más allá de lo físico, los judíos, con su pregunta, malinterpretaban la promesa de Jesús. Este insiste en un don de carne y sangre para la vida afirmando negativa (v. 53) y positivamente (v. 54) que todo el que coma la carne y beba la sangre de Jesús, el Hijo del hombre, tiene vida eterna y será resucitado en el último día.

Jesús enfatiza el carácter de verdadero alimento de la vida eterna: "porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida" (v. 55) y "el que come de mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (v. 56). La Eucaristía crea una común-uniión, una relación de intimidad entre Jesús y el creyente, característica de la "vida eterna"; por ello la Eucaristía la "alimenta" y la hace crecer. Es un momento privilegiado de común-uniión con Jesús. A continuación, se introduce aquí el cómo joánico para expresar una correspondencia entre las relaciones del Hijo con el Padre y las relaciones del Hijo con los hombres: "Como me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí". No se trata solamente de una correspondencia; se trata realmente de un compartir. La vida del Padre es la fuente de la vida del Hijo. De esa vida el Hijo hace vivir a quien lo come.

El discurso concluye igual que se abrió, comparando el pan que los antepasados de Israel comieron en el desierto con el pan que baja del cielo. Jesús remite a la muerte de los antepasados de Israel y promete una vida eterna a quienes coman el verdadero pan del cielo. En la historia humana ha entrado una nueva posibilidad. La Ley era un don de Dios, pero ha sido superada por Jesús, el pan del cielo, prometiendo su presencia permanente, comunicando la vida del Padre a todos los que coman este pan verdadero.



PARA CELEBRAR COMUNITARIAMENTE

MONICIÓN DE ENTRADA

La solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo es la prueba del amor incondicional que Dios tiene por cada uno de nosotros.

Ante el amor de Dios, nosotros tenemos que responder amando y de una forma especial a aquellas personas que nuestra sociedad rechaza: "tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, fui forastero y me acogiste, estuve desnudo y me vestiste...". Por ello esta solemnidad es el día de la caridad, "amor con amor se paga". Al amor incondicional de Dios, la Iglesia (cada uno de nosotros), tenemos que responder con el amor incondicional al prójimo que se refleja de una forma especial acogiendo a los últimos y no atendidos.

Llenos de fe y confianza en el Señor, vamos a comenzar nuestra celebración eucarística.

PETICIÓN DE PERDÓN

- Por nuestra falta de fe, de confianza en Dios, que se entrega en forma de pan y vino. Señor, ten piedad.
- Por nuestra falta de amor, acogida y comprensión a nuestros hermanos más necesitados. Cristo, ten piedad.
- Por nuestras divisiones y egoísmos, por buscar los primeros puestos y no tener una actitud de humildad. Señor, ten piedad.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Con el salmo 147 reconocemos la gloria de Dios, su grandeza, que no se olvida de nosotros, sino que quiere ser alimento en el camino de nuestra vida. En la primera lectura Moisés nos recuerda el camino que el Señor hizo con su pueblo, cómo lo cuidó y lo alimentó. Esta imagen alcanza su plenitud en el Evangelio, donde Jesús se presenta como verdadera comida y verdadera bebida que nos da la vida.

Participar de un mismo pan y un mismo cáliz nos hace formar un solo cuerpo, nos hace vivir en comunión porque estamos unidos en Cristo. Es lo que nos anuncia el apóstol Pablo en la segunda lectura.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Escucha, Padre, nuestra oración para que seamos uno en Cristo:

- Por la Iglesia, para que sea en el mundo signo vivo y eficaz de comunión. Roguemos al Señor.
- Por los que tienen autoridad y recursos en el mundo, para que promuevan el bien común. Roguemos al Señor.
- Por los pobres, los marginados, los desechados y todos los que sufren, para que puedan sentarse en la mesa de los hermanos. Roguemos al Señor.
- Por Cáritas y por todos los que en la Iglesia sirven a los pobres, para que seamos signo del amor de Dios para los pobres. Roguemos al Señor.
- Por todos los difuntos, por aquellos que mueren en la calle, en campos de refugiados, en los mares y en las fronteras. Roguemos al Señor.

OFRENDAS

De una forma especial queremos significar la colecta, que hoy tiene el nombre de "colecta de la caridad".

MONICIÓN A LA COLECTA

La colecta no es el impuesto que pagamos por ser miembros de la Iglesia, sino que tiene que ser la respuesta al amor incondicional de Dios, que se hace Eucaristía. La finalidad de la colecta es doble, mantener el culto y atender a los más necesitados. En esta celebración la finalidad va a ser única: atender a las personas que más lo necesitan.

Lo importante no es la cantidad que eches en la canastilla, sino que al igual que la "viuda en el templo, que echó en el cepillo lo que necesitaba", no es dar lo que me sobra, sino lo que necesito. El amor no se compone de sobras, el amor se consolida en la entrega generosa.

Textos extraídos del libro de Cuaresma y Pascua 2017.

